

CAPITULO CCXLI.

Continúa la guerra de Portugal.—Cae Olivenza en poder de los españoles.—Cambio que se verifica en los portugueses.—Sitio de Badajoz.

Con el infante de Portugal, muerto del modo que hemos dicho en el anterior capítulo, habíase tratado de casar á la infanta D.ª Teresa de Castilla, hija única que le había quedado á Felipe IV, y que, como tal, era la heredera del trono de España.

Esto se había tramado por medio de una conspiración en la cual entraban varios grandes señores castellanos, y con el acuerdo del joven príncipe portugués; pero lo que, según dicen, hacía de este proyecto una conspiración horrible y digna de la mayor reprobación, era que se trataba de dar muerte á Felipe IV, para evitar con esto que pudiera volverse á casar y tener sucesión que impidiera la completa unión de aquellas dos coronas.

Entraron en este plan D. Carlos Padilla, maestre de campo que había sido en Cataluña; D. Rodrigo de Silva, duque de Híjar; don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra; D. Domingo Cabral y otras personas de ménos consideración.

Descubrióse todo por una carta del de Padilla á su hermano don Juan; prendióse á todos, se les formó proceso, se dió tormento á algunos, y convencidos del hecho, D. Pedro de Silva y D. Carlos Padilla fueron degollados en la plaza Mayor de Madrid en 1648; Domingo Cabral murió en la cárcel, y el duque de Híjar, que era de los más culpados, fué condenado solamente á cárcel perpetua y á diez mil ducados de multa: los demás cómplices sufrieron otros menores castigos. El rey D. Juan IV. de Portugal quedó muy receloso y resentido de su hijo, y por eso dicen que le trató según se deja indicado en otro lugar.

Otra nueva conjuración formóse más adelante contra el mismo monarca de Portugal, al objeto de arrebatarle el trono, volviendo aquel reino al dominio español; pero descubierta oportunamente, púdose hacer justicia en los culpables, siendo condenado el arzobispo de Coimbra, principal instigador de ella, en atención á su carácter, á prisión perpetua.

Convertida, pues, la guerra de Portugal, como vemos, en guerra de intrigas y conspiraciones, no tomó un carácter verdaderamente determinado y enérgico hasta el año 1637.

Fuera por efecto del mal estado de salud del monarca portugués, fuera porque toda su atención se hallaba concentrada más bien en Ceilan y en el Brasil, donde sostenía una guerra formidable con los holandeses, fuera porque comprendía que tampoco se hallaba España en situación de poderle oponer fuerzas numerosas por la campaña que sostenía en Cataluña, es lo cierto que había falta de vigor en aquella guerra, y que ambas naciones se quejaban, España por lo que había perdido, Portugal por lo que todavía le tocaba ganar.

Cincuenta y tres años de edad y diez y seis de reinado contaba el rey D. Juan IV de Braganza cuando falleció en 1636, dejando por heredero á su hijo mayor con el nombre de Alfonso VI, que contaba trece años solamente, y cuyo carácter y costumbres nada bueno presagiaban para su futuro reinado.

Gracias á que la Reina madre, que desempeñaba la regencia del reino, estaba dotada de una prudencia y de una discreción extraordinaria, pudiendo, merced á estas prendas, suplir la escasez de facultades de su hijo y las aspiraciones ó intrigas de la nobleza.

Al año siguiente al de la muerte del Rey, abrióse la campaña por órden de la Reina viuda, en ocasión que teníamos grandes fuerzas en la frontera, y que se habían enconado los odios entre portugueses y españoles por consecuencia de los años transcurridos entre talas, saqueos y correrías, que sólo habían servido para arruinar las comarcas castigadas de semejante manera.

No rehuía España la provocación, y la campaña de 1637 dió comienzo por el sitio de la fuerte plaza de Olivenza, operación muchas veces intentada y ninguna concluida.

El duque de San German, gobernador de Extremadura á la sazón, púdose al frente de la plaza, enviando á su vez la reina de Portugal al conde de San Lorenzo, que llegó á reunir un ejército casi igual al de España.

El conde de San Lorenzo llevaba la órden de no arriesgar la suerte al éxito de una batalla, mas á pesar de esto mostró su propósito de atacar las líneas españolas y hubiéralo hecho á no dar la coincidencia de prenderse fuego en el campamento español, lo cual hizo creer á los portugueses que los nuestros se retiraban, y creyendo ya seguro el triunfo, celebráronle con extraordinaria alegría, y creyendo batirles en retirada, fuéronse á procurar alcanzarles.

Pero si torpes estuvieron los portugueses en festejar de antemano un triunfo que no habían conseguido, no lo estuvieron ménos los españoles no sabiendo aprovecharse de la sorpresa que causó en sus contrarios verles formados á pié firme en línea de batalla en vez de cogérles en desordenada fuga como presumían.

El duque de San German dejóles que sentaran sus reales á corta distancia de nuestro campo, y el conde de San Lorenzo hizo poquísimos esfuerzos para socorrer la plaza, verdadero objeto de su movimiento, pasándose algunos días sin moverse ni uno ni otro adversario, cual si estuvieran midiéndose recíprocamente las fuerzas con que contaban.

El 11 de mayo de 1637 el conde de San Lorenzo levantó sigilosamente su campo sin que los españoles se apercibieran de ello, y

dejando seriamente comprometida la plaza, que en su apoyo confiaba, fuése á poner sitio á Badajoz, donde las dos veces que intentó dar el asalto fué vigorosamente rechazado por la guarnición, que le dejaba poner las escalas en los muros, y cuando comenzaban á subir por ellas los enemigos los arrojaban al foso, causándoles de este modo una gran pérdida.

Ante un resultado tan contrario al que esperaba el conde de San Lorenzo, comprendió todo lo desfavorable de su situación por consecuencia de su impremeditada empresa, y reuniendo consejo tras consejo de oficiales, y dando parte á la corte de lo ocurrido, concluyó, finalmente, por volver á reparar el Guadiana con objeto de alentar á los de Olivenza.

Pero precisamente en los momentos en que esto sucedía la situación de esta plaza había llegado á ser extremadamente apurada por la falta de municiones, en términos que, á pesar de que la reina de Portugal ordenó á Saldaña, que era el gobernador, que no aceptase las condiciones impuestas por el de San German, para cuyo efecto, y á fin de distraer á los españoles, envió á D. Alfonso Hurtado con algunas fuerzas á sitiar á Valencia de Alcántara, se trató de la rendición.

La empresa de Hurtado tuvo el mismo éxito que la de Badajoz, y Olivenza no tuvo otro remedio que entregarse á los españoles en 30 de mayo de 1637, saliendo la guarnición con todos los honores de guerra, y emigrando la mayoría de sus habitantes, que no quisieron sufrir nuevamente la dominación de España.

Fácilmente se comprende que la pérdida de una plaza tan importante había de causar profunda sensación en Lisboa, donde se castigó con sobrada dureza al gobernador Saldaña y á sus oficiales, sin tener en cuenta que el verdadero culpable lo era el conde de San Lorenzo, que no había protegido la plaza como debiera.

El duque de San German cerró la campaña de 1637 con la toma del castillo de Mourao, y decimos que la terminó porque los excesivos calores, mucho más fuertes y abrasadores en aquella parte de España, hacían imposible la prosecución de la guerra durante el estío, por lo cual el general español distribuyó sus tropas en distintos cuarteles.

Entre tanto el conde de San Lorenzo, intentando recobrar el castillo de Mourao, escribió á la corte dando cuenta de su decisión, la cual fué rebatida por algunos, y como quiera que á la sazón se hallaba en Lisboa D. Juan Mendez de Vasconcellos, tan valeroso como entendido capitán, propúsosele que sustituyese á San Lorenzo, pero rehusando noblemente aquella distinción, dió lugar á que la Reina con extraordinario tacto resolviera que tomase el Rey el mando del ejército, llevando por lugartenientes á Vasconcellos y á San Lorenzo; medio delicadísimo por el cual la dirección de la guerra iba á parar al primero, sin que el segundo pudiera resentirse en lo más mínimo.

En fin de octubre de 1637 dispuso el nuevo jefe que Sancho Manuel con algunas fuerzas se dedicase á proteger todo el país comprendido entre Mourao y Estremoz, mientras él, con el grueso del ejército, iba á ocuparse de la reocupación del castillo.

En su consecuencia, salió de Elvas, como dice un historiador, en fin de octubre de dicho año «con más de diez mil hombres, cuando nuestro ejército se hallaba menguado por haber sido destinado buena parte de él á Cataluña, que era el mal de nuestra situación tener dos guerras abiertas dentro de la Península. Así fué que al cuarto día de embestida la plaza se rindió por capitulación (30 de octubre), pasando la guarnición á Olivenza. Las lluvias de la estación hicieron suspender á todos las hostilidades, y Vasconcellos se retiró á Lisboa á preparar el plan de la siguiente campaña.»

Deseosa la Reina de vengar el desastre de Olivenza, dió órden á Vasconcellos de que pusiese sitio á Badajoz, y á pesar del contrario dictámen de varios entendidos oficiales, llevóse á cabo el sitio, no sin dar tiempo á que el de San German avituallase convenientemente la plaza, encerrándose en ella con varios excelentes capitanes.

Todos los ataques de los portugueses fueron completamente infructuosos, y la prolongación del sitio y la convicción en que estaba la mayoría de la inutilidad de todos sus esfuerzos, producían quejas y murmuraciones en el ejército.

La noticia del cerco de Badajoz levantó un clamoreo general en Madrid, y fué necesario que el favorito D. Luis de Haro, para evitar que el Monarca marchase á ponerse al frente del ejército para librar la plaza amenazada, lo hiciese, y reuniendo á toda prisa un ejército de gente allegadiza y bisona, emprendió el camino de Badajoz, donde llegó cuando ya habían levantado el cerco los portugueses.

Vasconcellos había reunido consejo de oficiales y la opinión general fué que se retirasen, á lo cual dijo Vasconcellos: *La Reina me ha permitido poner este sitio para no levantarle y yo no puedo hacerlo sin exponerme á perder la cabeza.*—A lo cual le contestó D. Luis de Meneses: *—Pues exponedla por la salud de la patria.*—*La sacrificaré,* dijo Vasconcellos: *para que la fortuna se avergüence de la traición que hace á mi valor,* y desde aquel momento ordenó retirarse, lo cual se verificó con el mayor órden.



J. SERRA, 14.

L. VIDAL, Omo, 21.

DERROTA DE ELVAS.

CAPITULO CCXLII.

Ponen los españoles sitio á la plaza de Elvas.—Vergonzosa derrota de D. Luis de Haro.—Vuelve á Madrid.—Paz de los Pirineos.

Tan luégo supo el de Haro que su adversario se había retirado, apresuró su marcha sobre Badajoz, donde entró dándose aires de victorioso, cuando habían sido sus mismos enemigos quienes le dejaron franco el paso, mereciendo verdaderamente los honores de aquella jornada únicamente los valientes defensores de la plaza.

Sin embargo, el de Haro se creyó un gran guerrero, y penetrando audazmente en Portugal, fué á poner sitio á la plaza de Elvas, sin escuchar el parecer del duque de San German, que era contrario á semejante propósito.

Algunos castillos de que se apoderó fácilmente alentaron al ministro español, que prosiguió adelante su marcha, sin que nada le hiciese desistir de su plan.

Vasconcellos, que había caído en desgracia con la Reina por haber levantado el sitio de Badajoz, siendo así que él fué quien únicamente se había opuesto, fué sustituido por el conde de Castañeda, quien se dedicó á organizar fuerzas para librar la plaza de la suerte que le aguardaba.

Elvas estaba defendida por mil hombres, bajo el mando de Sancho Manuel, los cuales se defendían de un modo tal, que demostraban perfectamente se hallaban resueltos á cumplir lo que habían prometido: sepultarse entre sus ruinas ántes que entregarse á los españoles.

D. Luis de Haro creía que los portugueses no se atreverían á atacarle, así que su asombro no conoció límites cuando supo que el conde de Castañeda, habiendo reunido hasta diez mil quinientos hombres, marchaba contra él.

El ejército español estaba perfectamente atrincherado, y sin que esto intimidase para nada á los portugueses, tras una vigorosa arenga de su general, el conde de Castañeda, lanzáronse llenos de ardor sobre las líneas enemigas.

Todo fué confusión en el campo español, ni generales ni soldados tenían plan alguno, así fué que los primeros movimientos se resintieron de aquella falta de acuerdo, por decirlo así, y de aquella poca serenidad tan necesaria en momentos tales.

El primero de todos en dar pruebas de una cobardía y de un abandono extraordinario, fué D. Luis de Haro, quien más aturrido que ninguno, retiróse inmediatamente á un fuerte inmediato, desde donde podía presenciar el combate sin riesgo alguno.

Con brío atacaron los portugueses y con brío también resistieron los españoles, pero la superioridad estaba y debía estar en el que, más sereno y mejor apercebido, sabía aprovecharse hábilmente de los descuidos de sus contrarios.

Merced á uno de éstos, encontráronse las tropas españolas entre dos fuegos. La confusión entró en ellas, el desorden siguió á poco. D. Luis de Haro montó á caballo y escapó ignominiosamente, el duque de San German fué herido en la cabeza, y, después de muchas horas de combate, el ejército castellano no tuvo otro remedio que retirarse en la mayor confusión, dejando en poder del enemigo tiendas, bagajes y artillería, y habiendo perdido en esta jornada en muertos, heridos y prisioneros más de cuatro mil hombres.

El ministro español escribió al Monarca diciéndole únicamente que se había visto obligado á retirarse, pero las cartas de los oficiales, poniendo la verdad en claro, produjeron un efecto deplorable en la corte, del cual trataron de aprovecharse algunos para hacer perder al de Haro todo el favor que disfrutaba con el Monarca.

Pero Felipe IV no solamente no retiró su confianza al favorito, sino que le ordenó que volviese á Madrid, recibiendo con extraordinario afecto, y consolándole en su desgracia.

Algunos triunfos habíanse obtenido por parte del marques de Viana en la frontera de Galicia, pero éstos eran de escasa importancia al lado del desastre referido ya, y con el cual se puede decir que terminó la campaña de 1659, siendo el estado de nuestros asuntos en el reino de Portugal, después de los diez y nueve años transcurridos desde la revolución, mucho peor que cuando ésta se verificó.

Veamos entre tanto en qué estado se hallaban nuestros negocios con Francia, negocios que bien merecían haber sido tratados con mayor detenimiento y circunspección por el gobierno español.

La verdad es que España había gastado en aquella estéril lucha con la Francia, hombres y dinero que le eran necesarios en el interior, pero al mismo tiempo también Francia, si bien había alcanzado triunfos, estaba arruinada como España, y tan necesitada de la paz como ésta.

Algunas tentativas habíanse hecho, como ya hemos visto, para llegar á un acuerdo, pero las exageradas condiciones de Francia, pretendiendo unas veces se le cediera Flándes, el Rosellon y el Franco Condado, y otras, la mano de la infanta D.^a María Teresa de España, heredera del trono á la sazón, para el joven rey Luis XIV, habían impedido que pudiera realizarse el deseo general en ambos pueblos.

Sin embargo, en 28 de noviembre de 1657, el nacimiento de un hijo del segundo matrimonio del rey D. Felipe, puso en mejores condiciones el negocio de la paz, y al año siguiente reanudáronse las negociaciones para ella.

Mazarino, astuto y hábil para sacar el mejor partido, y acelerar

en cuanto posible fuera el matrimonio del rey de Francia con la hija de Felipe IV, fingió entrar en negociaciones con la duquesa de Saboya para que su hija Margarita casase con el joven Monarca, surtiéndole su estratagema el efecto apetecido, puesto que inmediatamente el rey de España envió á D. Antonio de Pimentel con instrucciones para obrar resueltamente respecto al matrimonio de la Infanta.

El marques de Lionne, que había estado en Madrid poco tiempo ántes para ocuparse del mismo negocio, dejó sentadas las bases preliminares para la paz, acordándose en las conferencias de Paris abrir definitivamente las negociaciones para ella en la isla de los Faisanes, pequeña isleta situada á un cuarto de legua de Irun, formada por dos ramales del Vidaso.

El cardenal Mazarino por parte de Francia, y D. Luis de Haro por España, eran los dos negociadores, y en 23 de agosto de 1659 dieron comienzo las conferencias, que fueron veinte y cuatro, y que se prolongaron por espacio de tres meses.

El día 24 de junio de 1659 salió de Paris el Cardenal haciendo un alarde extraordinario de suntuosidad y grandeza al presentarse ante los españoles.

El duque de Crequy, los mariscales de Villeroy, de Cherebaut y de la Milleraie, el comendador de Souvré, el marques de Lionne, ministro de Estado, el español Pimentel y otras muchas personas de gran importancia le acompañaban.

Fácilmente se comprende la turba de criados, pajes, lacayos, etc., que semejantes individuos, dada su categoría, habían de llevar consigo, prestando mayor brillo al que ya ofrecía el servicio particular del Cardenal.

Este llevaba un tren verdaderamente regio, pues además de las ciento cincuenta personas de librea y otras tantas de servicio, se hizo escoltar por una guardia compuesta de cien caballos y trescientos infantes.

Y, como si esto no fuera suficiente para infundir respeto y producir admiración, seguíanle veinte y cuatro mulos con ricos jaeces bordados de seda y oro, ocho carruajes tirados por seis caballos, los cuales estaban destinados para su equipaje, pues para su persona llevaba siete carrozas y una porción de caballos de mano.

De igual modo el de Haro tampoco, como vulgarmente se dice, quiso ser ménos, y su acompañamiento, si no tan numeroso, no dejó por ello de ser muy lucido también.

Contábase en él una porción de grandes de España con sus respectivas servidumbres, caballeros del Toison de oro y varios señores de calidad, no faltando en la comitiva guardias de á pié y de á caballo para el embajador, y carrozas, literas, caballos y mulas con jaeces de gran riqueza (1).

De aquellas conferencias resultó la famosa paz llamada de los Pirineos, que tanta celebridad adquirió y que tanta influencia ha ejercido en los destinos de nuestro país.

Como que la base de esta paz era el matrimonio de la infanta D.^a María Teresa con Luis XIV, quedó acordado inmediatamente, previa la renuncia de aquélla á la sucesión de la corona de España, y mediante la dote de quinientos mil escudos.

De ciento veinte y cuatro artículos constaba aquel tratado, del cual únicamente citaremos los principales, extractados por un historiador moderno, que dice así:

«España cedió á Francia los condados de Rosellon y Conflans, fijándose la cima de los Pirineos por límite divisorio de las dos naciones.—Cediósele igualmente todo el Artois, á excepcion de Saint-Omer y Ayre, con sus dependencias; en Flándes, las ciudades de Gravelinas, Bourbourg, Saint-Venant, los fuertes de la Esclusa: en el Henao, las de Landreecy y Quesnay; en el Luxemburgo, las de Thionville, Montmedy, Damvillers, Ivorg, Mariemburg, Philippeville y Avesnes: dejando además Rocroy, Chatelety, Linchamp, conquistadas por los franceses en la última guerra, y Dunkerque, que tenía ya cedido á los ingleses.—En cambio Francia nos devolvía el Charolais y las plazas de Borgoña; en Flándes nos quedaban Oudenarde, Dixmude, y las demas no comprendidas en la cesión; en Italia, Mortara y Valencia del Pó; quedaba para nosotros Cataluña.—Al príncipe de Condé, por más esfuerzos que hizo en su favor el de Haro, no permitió Mazarino, su enemigo mortal, sacar otro partido que la cesión que le hizo España de algunas plazas en los Países Bajos.—Al de Lorena se le restituyó la libertad, pero se le obligó á demoler sus fortalezas y á ceder una buena parte de sus estados á la Francia.—Más afortunados los príncipes aliados de esta nación, se restituyó Vercelli al duque de Borgoña; Julliers al de Neubourg; al príncipe de Monaco se le devolvían sus bienes confiscados y se libraba su Estado de la guarnición española; el duque de Módena obtuvo también que se quitase el presidio español que teníamos en Correggio.»

Como se ve quedaron excluidos de este tratado el hijo del destronado rey de Inglaterra y el nuevo reino de Portugal, siendo aquéllos, como ya hemos dicho, los principales artículos de una paz que ponía término á veinte y cinco años de guerra acalorada y sangrienta.

(1) Historia de la Paz de 1659.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE LORENA.

Pieter. Editor. Barcelona. Robador. 24 y 26